

**TRIBUNA | ANTROPOLOGÍA** El autor defiende la vigencia del pensamiento crítico para concluir que el origen evolutivo de la naturaleza humana, los nacionalismos excluyentes y la corrupción del lenguaje guardan más relación de lo que parece

## Darwin, lenguaje y nacionalismo

J. ADOLFO DE AZCÁRRAGA

**CORREN TIEMPOS** difíciles para la reflexión pausada, con frecuencia sustituida por vídeos supuestamente ingeniosos de TikTok, los *Me gusta* de Facebook o un breve *whatsapp* (onomatopeya, por cierto, de *what's up?*, ¿qué hay?). Esta decadencia es paralela al creciente deterioro del lenguaje, primer paso para el control del pensamiento. El declive se manifiesta no sólo en la educación, sino que alcanza aspectos aparentemente banales como la omisión de los signos de admiración e interrogación de principio, imprescindibles en español y que se ignoran perezosamente al estar menos accesibles en muchos móviles. Sin embargo, y ante la alarma del mundo de la cultura, un Real Decreto ya había prohibido el 16-IV-1993 la venta de ordenadores cuyo teclado no incluyera en particular la ñ. Hoy, ese ocultamiento de los símbolos «!» y «¿», innecesarios en inglés, es un desaire a los cerca de 600 millones de hispanohablantes perpetrado ante la indiferencia de la RAE, del Instituto Cervantes y de varios Ministerios de Educación. Sin embargo, nada que empobrezca el lenguaje es intrascendente: como decía Lázaro Carreter, «quien habla o escribe mal piensa mal, poco o nada, casos todos ellos de reducción del lenguaje y, por tanto, de la mente». Consecuencia esta última que facilita la manipulación ideológica propia de populismos y nacionalismos excluyentes. El control del lenguaje es poder: recordemos el 1984 de Orwell y su *freedom is slavery*. Pues el *newspeak* (nueva habla) no sólo buscaba ocultar la realidad, sino imposibilitar cualquier razonamiento contrario al Ministerio de la Verdad. Hoy no faltan ejemplos de *newspeak*: la guerra de Putin no es tal, sino una «operación militar especial». Incluso hasta el adjetivo *progresista* no busca frecuentemente calificar a una persona, sino definirla como de ideas avanzadas aunque carezca de ellas.

El problema se ha agravado con la irrupción de la *world wide web* y la *aldea global*. Internet ha traído un extraordinario número de beneficios (basta recordar la pandemia), pero nada carece de riesgos; tampoco la web. Recuerdo una anécdota de un ilustre científico de Harvard, Sidney Coleman. En los años 80, en los albores del correo electrónico, Coleman conversaba con Paul Ginsparg, el

Cuando escasea la educación tolerante y abierta dominan inevitablemente patrones de conducta primitivos y excluyentes

creador de los archivos electrónicos (hoy *arXiv*) que, en ciencia y especialmente en la física, se utilizan para el almacenamiento y distribución inmediata de trabajos científicos.

Ginsparg trataba de explicarle el intríngulis del entonces DECnet (por *Digital Equipment Corporation*) y sus ventajas. Coleman escuchaba nerviosamente moviéndose en círculos, intentando captar las implicaciones de esa comunicación instantánea y generalizada. De pronto se detuvo y, como gol-

peado por una súbita revelación, exclamó: «El problema de la aldea global son todos esos idiotas que la pueblan». Coleman, que era judío, bien podía haber citado con su sardónica sonrisa al Eclesiastés 1.15 de la Vulgata: *stultorum infinitus est numerus*. Ciertamente, la aldea global es territorio fértil para los simples y sus simplezas pero, como advirtió Einstein, «las cosas deben hacerse lo más sencillas que sea posible, pero no más».

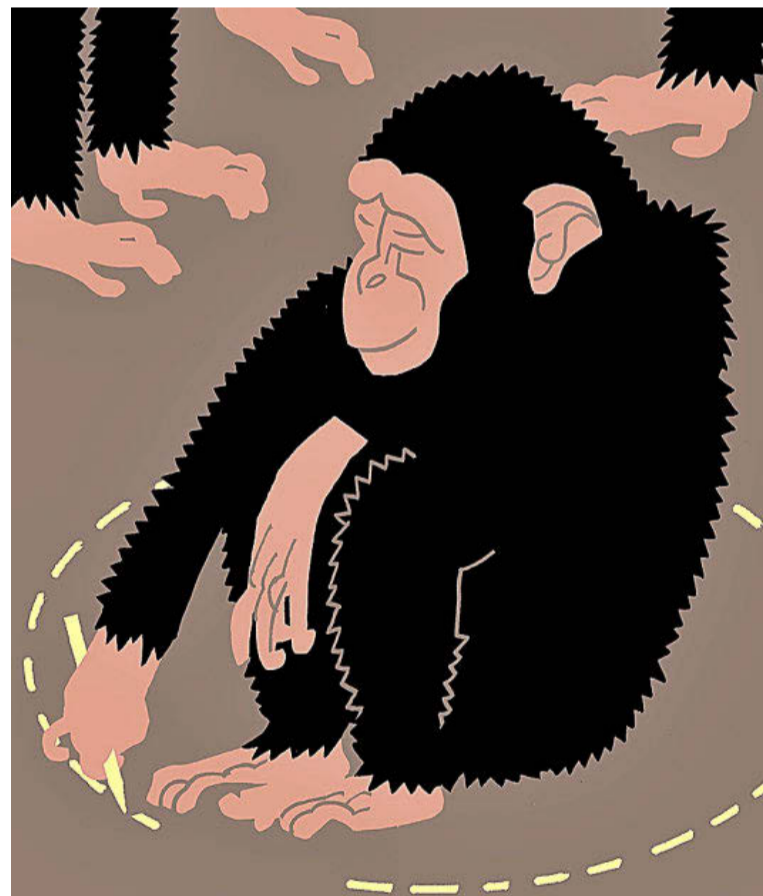
Estas consideraciones, que invitan a no huir de lo que llegó a llamarse *funesta manía de pensar*, no son ajenas al origen y riesgos de todos los populismos. Los nacionalismos excluyentes no son nuevos y nunca han traído nada bueno; el ya mencionado Einstein, que durante un período de su vida careció de nacionalidad tras renegar de la alemana, los calificaba de «enfermedad de la Humanidad». Pero conviene conocer su origen, que puede quedar oculto si no se aprecia que las leyes de la evolución darwiniana también rigen para el *Homo Sapiens*. Nuestra naturaleza está influida por la evolución biológica como, por ejemplo, la de los chimpancés o la de los gansitos recién nacidos del Nobel Konrad Lorenz, a quien seguían instintivamente cuando se situaba al lado de los huevos al eclosionar. Lorenz caracterizó ese fenómeno como fijación o troquelamiento (*prägung*). Es sencillo comprender su origen: el palmípedo recién nacido que no siguiera a su madre moriría sin poder transmitir su rebeldía a ningún descendiente. La fijación es, pues, instintiva y una ventaja inicial para la supervivencia.

Theodosius Dobzhansky, uno de los padres de la *síntesis moderna* de la teoría de la evolución, ya afirmó hace medio siglo que «nada en biología tiene sentido salvo a la luz de la evolución». Y, como muestra la etología, la ciencia del comportamiento animal de la que Lorenz fue el principal creador, también nuestra conducta está condicionada por esa evolución. Y ahí radica el problema: algunos de los patrones de comportamiento de los seres humanos, que en el pasado pudieron ser una ventaja evolutiva para el *Homo Sapiens*, desde hace tiempo son inadecuados para las sociedades modernas. Nuestro tiempo biológico ha cambiado muy poco desde quienes en el Paleolítico pintaron Altamira y Lascaux, pero no así nuestro *tiempo cultural* y tecnológico, que ha evolucionado vertiginosamente desde la invención de la escritura y, sobre todo, desde la imprenta, la revolución industrial y la irrupción de internet. El enorme desfase entre esos dos tiempos, biológico y cultural, constituye un grave problema. Hace dos mil años la población estimada del planeta era de unos 250 millones de personas. Pero actualmente alberga 7.700 millones (¡el triple que en 1950!) y, según Naciones Unidas, llegará a 11.200 al cambio de siglo, cifra pavorosa que *Gaia* –como diría James Lovelock– difícilmente soportará. Hace mucho tiempo que algunos de nuestros instintos son inadecuados para el mundo actual. El natural apego al entorno, resultado de la fijación en los primeros años de la vida, también puede originar graves problemas.

Cuando escasea la educación tolerante y abierta, necesaria para compensar la fijación, dominan inevitablemente patrones de conducta primitivos y excluyentes –tribales, en suma– de los que ni siquiera sospechamos su origen. Sólo así puede comprenderse, por ejemplo, el incívico comportamiento de algunos aficionados al fútbol supuestamente civilizados, o que se intente negar el respeto que merecen grupos enteros de personas situándolos en un *entorno* distinto que justifica su segregación, incluso con epítetos excluyentes. La impronta que produce la fijación en los comienzos de la vida es de origen

evolutivo y por tanto inevitable, pero los ámbitos a los que se fijan los seres humanos son muy variados. Por poner un ejemplo bien próximo, la misma fijación instintiva *produce* andaluces, catalanes, valencianos o vascos. Sin embargo, aunque en su día fuera biológicamente ventajosa para el *Homo Sapiens*, la exclusiva fijación al entorno es un lastre del que es necesario desprenderse. La frontera entre *nosotros* y *los otros* pudo ser evolutivamente beneficiosa para nuestra especie durante miles de años, pero desde hace mucho tiempo resulta un serio obstáculo para la convivencia.

**POR ESO**, entendido su origen, los comportamientos excluyentes que resultan de la natural fijación al entorno propio han de reconocerse y calificarse como ejemplos, por instintivos, de *primitivismo biológico*: esa fijación no ha sido atemperada y relativizada por la necesaria educación abierta. La educación que, ésta sí, hace singular al *Homo Sapiens*, es lo único que puede moderar ese troquelamiento instintivo –irracional, por tanto– siempre que esté basada en la tolerancia y no se utilice para reforzarlo, lo que desgraciadamente también es posible. Populismos y nacionalismos excluyentes pescan en ese primitivismo y, por ello, evitan toda educación abierta que pueda desenmascararlos y debilitarlos. La educación liberal es siempre la primera víctima y el lenguaje empobrecido, que impide todo pensamiento complejo, pasa a ser un instrumento de control que crea súbditos de aldeas poco globales, no ciudadanos libres e iguales. Así pues, y como sostuvo Karl Popper –amigo de Lorenz– es preciso pasar de la sociedad cerrada o tribal a la sociedad abierta. Ello



JAVIER OLIVARES

requiere ser conscientes de las trampas que nos tiende el origen biológico de nuestra naturaleza que, por escondido, es nuestro peor enemigo. Es preciso hacer más énfasis en lo que todos los seres humanos tenemos en común y mucho menos en diferencias tan secundarias como accidentales. Populistas y nacionalistas excluyentes soslayan el origen biológico del primitivismo para incidir en sentimientos primarios; sin embargo, sólo el reconocimiento del origen evolutivo de la naturaleza humana facilitará la convivencia. Conócete a ti mismo, advertía el templo de Apolo en Delfos; hoy, esa platónica amonestación sigue más vigente que nunca.

J. Adolfo de Azcárraga es catedrático Emérito de la Universidad de Valencia.